

BIOGRAFÍA

RAMÓN J. VELÁSQUEZ (*)

(*) El texto que se presenta a continuación fue preparado como
parte del trabajo de grado:

Calzadilla, L, Torres, P. (2004) *Desarrollo de una Sala Virtual de Investigación sobre la obra periodística de Ramón J. Velásquez*. Tesis de grado. Escuela de Comunicación Social, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Católica Andrés Bello. Caracas.

El Dr. Ramón José Velásquez, tachirense de la población de San Juan de Colón, nace un 28 de noviembre de 1916, en una época cuando la represión y el silencio eran la condición de vida: Venezuela “dormía la siesta gomecista” (Krispín, 2002, p.12). Pero si bien el país vivía en un letargo bajo la sombra de la dictadura de Juan Vicente Gómez, la familia donde crece Velásquez no se hacía eco de tal situación, pues el valor de la palabra y la lectura eran vitales, dejando en él una huella indeleble que marcaría todos sus actos.

Crece entre páginas de libros y olor a tinta, guiado por el ejemplo de unos padres que rinden culto a la enseñanza y el conocimiento. Don Ramón Velásquez Ordoñez, el padre, es profesor de latín, griego, filosofía y literatura; eventualmente librero y bibliotecario, además de director del *Diario Católico* de San Cristóbal. Doña Regina Mujica de Velásquez, la madre, es educadora de vocación y, en palabras de Luis Beltrán Guerrero (citado en Caballero, 1996) "periodista, pionera de la escuela maternal, del bachillerato femenino y de la enseñanza de artes y oficios para señoritas, maestra de maestras, porque no hubo caserío en el Táchira que no contase con discípula suya en función de magisterio". Sin duda alguna, eran unos “maestros”.

Inicia su formación en el Táchira, en el Liceo Simón Bolívar, al tiempo que su producción intelectual. No había terminado aún el bachillerato cuando emprende su primera tarea editorial, fundando junto a sus compañeros la revista *Nautilus*, publicación a la que le siguió *Juventud*, mientras hacía las veces de corrector del *Diario Católico* que dirigía su padre. Una vez iniciada la aventura que para él significaba la escritura, no ha sido posible detenerla. (Ver Anexo 2)

Rumbo a la capital

Tras ser expulsado del Liceo Simón Bolívar decide viajar a Caracas para continuar sus estudios. Con un baúl de libros sin leer emprende una larga ruta de cinco días en autobús para llegar a la capital. A medio camino, cerca de Barquisimeto, hacen una parada para pasar la noche, el Guardia Civil de turno pide revisar el equipaje y al encontrarse con el baúl del joven Ramón lleno de libros, sorprendido le dice: “Mire paisano, le voy a decir una vaina, no se meta tanto en la cabeza; déjele algo a la vida” (Velásquez, conversación personal, 12 de noviembre de 2003). No desechando del todo esta advertencia le deja algo a la vida, pero no por ello ha cesado su avidez por la lectura.

Finalmente, llega a Caracas un tachirenses armado con la pluma y la inteligencia rompiendo con la tradición del andino con la pistola al cinto. Corría el año 1935 y el régimen gomecista agonizaba, estaba cerca su fin. En diciembre de ese año muere Juan Vicente Gómez iniciándose una nueva etapa política en el país, la transición a la democracia que significó el gobierno del general Eleazar López Contreras.

Velásquez ingresa entonces al Liceo Andrés Bello para culminar el bachillerato, pero la situación reinante en el país no le permitía mantenerse al margen, por lo que conoce la política y la democracia, es en este momento que decide formar y presidir el Centro de Estudiantes del liceo. Esto no significó dejar de lado su incansable labor de escritor, hecho que se evidencia en una nueva publicación, la revista *Futuro*, de la que es director.

No es posible reseñar su paso por el Liceo Andrés Bello, sin hacer mención a quien ejerció gran influencia en él, el profesor Caracciolo Parra León “iniciador de los estudiantes en las difíciles labores de enfrentarse al mundo de las ideas y a quien Velásquez y otros estudiantes, acabada la clase, lo acompañaban, en tertulia andante, hasta su imprenta” (Polanco, 2003, p. 30).

Terminado el bachillerato se matricula en 1938 junto a su compañero de estudios Leonardo Ruiz Pineda, en la facultad de Derecho de la Universidad Central de Venezuela, pero más que por amor a las leyes su ingreso a esta facultad respondía al interés de encontrar un “cauce a sus preocupaciones humanísticas, políticas y sociales” (Polanco, 2003, p. 32), que desde siempre lo han acompañado. De hecho, no ha llegado a ejercer nunca como abogado.

Sin embargo, el paso por la facultad de Derecho significó para él, más que su preparación como jurista, su preparación para la vida y para entender la actividad humana. Enseñanza ésta que se afianza con el hecho de corresponder sus estudios universitarios, con el fin del período presidencial del general Eleazar López Contreras y el inicio del gobierno del general Isaías Medina Angarita; etapa de profunda transformación política y social.

Si bien mantenía un récord académico notable, no por ello dejaba de lado su pasión por la escritura ni su vena activista. No ha salido aún de la universidad, cuando se estrena como reportero de calle en 1941 para el diario *Últimas Noticias*, al tiempo que funda junto a sus compañeros universitarios, la Federación Venezolana de

Estudiantes (FEV), hecho que definitivamente marcaría el inicio de la estrecha relación que mantendrá por años con la política.

Se recibe de abogado en 1942, pero para él, la aventura que significaba el ejercicio periodístico era mucho más apasionante que la redacción de cualquier documento legal, por ello, continúa su labor como reportero del *Últimas Noticias* de Pedro Beroes y Kotepa Delgado, además de colaborar en diarios como *La Esfera* y *La Provincia*. Paralelamente escribía en un diario del estado Táchira, llamado *El Nacional* y que había fundado junto a Humberto Spinetti Dini en 1933.

Como pez en el agua se mueve entre política y periodismo

Ya había demostrado sus habilidades innatas como reportero, sin embargo, en agosto de 1945, una entrevista realizada al entonces embajador y candidato a la presidencia, el Dr. Diógenes Escalante, lo catapulta hacia el éxito profesional. Para esa época es enviado por el diario *Últimas Noticias* a realizar la entrevista. En el momento que se encuentra frente al entrevistado, la dinámica de la conversación no fluye como Velásquez esperaba, por lo que se retira y redacta una entrevista en cinco cuartillas con base en algunos discursos y declaraciones del candidato. El resultado no podía ser otro: un trabajo impecable, a pesar de lo poco colaboradora y en ocasiones silenciosa cita. El artículo fue publicado y el dominio de la escritura que lo llevó a obtener tal resultado, le costó una llamada del Dr. Escalante proponiéndole que fuera su secretario privado, además de una felicitación por haber interpretado tan bien su silencio.

Pero su nuevo cargo político duró tan poco, que no le permitió siquiera devengar su primer sueldo, pues a los pocos días de nombrado secretario particular del candidato, éste de un momento a otro, perdió sus facultades mentales y fue trasladado de inmediato a un hospital psiquiátrico en los Estados Unidos. Medina Angarita se quedaba sin candidato a la presidencia y Velásquez sin trabajo, afortunadamente, continuaba como redactor del diario *Últimas Noticias*.

De inmediato se propone a Ángel Biaggini como nuevo candidato, pero antes de los comicios, el 18 de octubre de 1945, Carlos Delgado Chalbaud, Marcos Pérez Jiménez y Rómulo Betancourt, lideran el golpe de Estado que depone el régimen medinista, asumiendo el escritor Rómulo Gallegos la presidencia de la República.

Velásquez se concentra en su labor periodística, de hecho, Miguel Otero Silva, director de *El Nacional*, lo hace reportero y columnista de su diario. Por un tiempo, se mantiene alejado de la política. Pero será sólo por tres años, pues el 24 de noviembre de 1948, los militares se separan de Acción Democrática (AD) y dan un golpe de Estado, después del cual Delgado Chalbaud asume el poder. Es en este momento cuando Velásquez vuelve al ruedo pasando a las filas de la oposición.

No obstante, al tiempo que regresa a la actividad política se estrena como prisionero, condición que durará poco gracias a su paisano y amigo Miguel Moreno, que intercede por él y es liberado.

Se vivían momentos de tensión e inestabilidad política. Las amenazas contra un débil gobierno eran latentes, hasta que el delgado hilo constitucional es roto en 1950,

Carlos Delgado Chalbaud es asesinado y Marcos Evangelista Pérez Jiménez, logra sentarse en la tan ansiada silla presidencial. La dictadura llegó para quedarse.

Inicialmente, el régimen autoritario se esconde tras una falsa democracia. En una búsqueda por la legitimación, se hace un llamado a elecciones, en donde el único contendor real era Unión Republicana Democrática (URD), partido que se mantenía en el juego político a pesar de la toma ilícita del poder por Marcos Pérez Jiménez. Jóvito Villalba acepta medirse en unas elecciones como candidato por URD, comicios en los que sale triunfador y del que es despojado. Ya no cabe duda, el totalitarismo de un ambicioso militar se ha impuesto en el país.

La lucha contra la tiranía

No es un secreto para nadie que el quehacer periodístico es una herramienta eficaz para hacer oposición y para hurgar en las esferas del poder, y que no hay mejor momento para ejercerlo que la represión, pues es bajo estas condiciones que aflora el ingenio, con el objeto de expresar aquello que es prohibido. Sin lugar a dudas el Dr. Velásquez lo sabía, es por ello que en no contadas ocasiones se embarca en proyectos de riesgo que incomodaban al régimen.

En 1949, Ramón J Velásquez junto a Simón Alberto Consalvi y José Agustín Catalá, deciden llevar a cabo un proyecto editorial que se llamaría *Hechos*, una publicación al estilo de la revista *Time*, en donde se tratarían temas de interés nacional y con un mensaje político entre líneas. Esta empresa no llegó a consumarse,

el número 0 de prueba, no pasó el estricto control de censura establecido por el gobierno opresor.

Este intento fallido dio origen a la revista *Signo*, pues

disueltas y prohibidas las actividades de Acción Democrática y el Partido Comunista de Venezuela, la disminuida y accidentada vida política quedaba reducida a la presencia de Unión Republicana Democrática (URD) y del partido socialcristiano (COPEI), lo que nos permitió trasladar los proyectos y el ensayo de *Hechos* a una revista que con el nombre de *Signo* sería la tribuna del urredismo legal, pero en la que José Agustín Catalá iba a responder de todos los riesgos. (Sanoja, 2003, p. 315)

Lamentablemente fue de corta circulación, pues fue fundada en 1951, claudicaría en agosto de 1952, año en el que el fraude electoral coloca a Pérez Jiménez, inamovible en el poder. Este hecho desencadenó una furia literaria en algunos intelectuales y líderes políticos, por lo que se unen con un único fin, dejar al descubierto la verdad de la dictadura.

Bajo el sello editorial de José Agustín Catalá y con la colaboración de Ramón J. Velásquez, Leonardo Ruiz Pineda, Simón Alberto Consalvi, Héctor Hurtado y Juan Liscano, el ideal de desnudar al régimen se materializa publicándose el *Libro Negro 1952 (Venezuela bajo el signo del terror)*. Aun y cuando los verdaderos rostros se escondían bajo la figura del seudónimo, eso no los exoneró de caer en prisión el 9 de febrero de 1953.

“Aquel dossier se tornaría histórico y su elaboración fue posible porque entre sus autores había dos periodistas como Velásquez y Consalvi y alguien que, con

razón, ha sido llamado el ‘editor de la democracia’: Catalá. Formaron desde aquellos días y hasta antes, una trinidad nunca deshecha. Los tres han demostrado que la letra de imprenta es arma terrible, ‘artillería del pensamiento’.
(Sanoja, 2003, p. 320)

Tras año y medio de prisión Velásquez sale en libertad y de inmediato regresa a ejercer en sus labores de reportero en el diario *Últimas Noticias*. Pero de inmediato es llevado de la mano de Miguel Ángel Capriles, a la dirección de la revista *Elite*. Sólo había una condición, su nombre no podía figurar en el directorio, por lo que tenía que apelar a los seudónimos. Era obvio, se respiraban aires de represión y los ojos del gobierno estaban puestos en aquellos que significaban una resistencia real a la tiranía, por lo que intelectuales de la formación de Velásquez y con la profunda preocupación social y política que lo caracterizaba, “no podían vivir sin correr el riesgo de perder su libertad”. (Polanco, 2003, p. 37)

Nuevamente cae preso, en este caso, su presidio más largo. En agosto de 1956, la Seguridad Nacional lo traslada de la cárcel de Caracas a la cárcel de Ciudad Bolívar; acusándole de proselitismo subversivo a través de sus columnas en la revista *Elite* a pesar de los ingeniosos y variados remoquetes. Sin lugar a dudas, la red de delatores de la Seguridad Nacional, le pisaba los talones.

La democracia le abre las puertas de la política

Con la caída de la dictadura perezjimenista, se sueltan los candados para dar paso a la democracia y para liberar a todos aquellos presos políticos producto del autoritarismo. Ramón J. Velásquez y Simón Alberto Consalvi recobran la libertad el

24 de enero de 1958, incorporándose a la agitada carrera que suponía el encauzamiento del país a un nuevo y legítimo sistema de gobierno y de vida.

Se le abren las puertas a Velásquez junto a propuestas tentadoras, Miguel Ángel Capriles le ofrece la dirección de un vespertino que desde hace tiempo quería fundar. El sí no se hizo esperar y el 3 de febrero de 1958 circulaba la primera edición de *El Mundo*, bajo el lema de *El Venezolano* de Antonio Leocadio Guzmán “Más quiero una libertad peligrosa que una esclavitud tranquila”.

Dedicado a una de las cosas que más le gusta hacer, escribir, no puede deslindarse de lo que ya formaba parte de su vida y de su actuar, la política, por lo que responde al llamado que le hiciese Rómulo Betancourt cuando asumió la presidencia de la República, el de ser el Secretario de la Presidencia. Simultáneamente, es electo senador por el Táchira como independiente en las planchas de Acción Democrática (AD).

La responsabilidad que le demandaba su intensa actividad política, le obligó a renunciar al cargo de Director del diario *El Mundo*. El cargo de Secretario General de la Presidencia, es quizás el más complejo, pues

(...) sirve de canal hacia la Presidencia y desde la Presidencia para casi todas las actividades oficiales y privadas (...) no puede ceder ante la tentación de convertirse en un centro de Poder. Actúa para el Presidente, con el Presidente y junto al Presidente. (Polanco, 2003, p. 38)

Velásquez se debatía entre la escritura y la política, ambas formaban parte irrenunciable de su vida, así que su paso por Miraflores durante la presidencia de

Betancourt, estuvo signada no sólo por su recta y notable actuación frente al despacho de la Secretaría, sino que pudo acceder a invaluable documentos históricos para preservar la memoria colectiva y así “favorecer la otra historia, la que se escribe” (Caballero, 1996). Esto a pesar de que el gobierno atravesó delicados momentos de tensión política debido a los intentos de golpe de Estado, por parte de sectores de izquierda y de derecha, aparte del surgimiento de una guerrilla con visos de fidelismo cubano que atentaban contra la tranquilidad y permanencia del recién instalado régimen.

Su pasión por la historia venezolana del siglo XIX, aunado a la gran cantidad de documentación histórica que cayó en sus manos, le permitió emprender una labor extraordinaria, la creación del Archivo Histórico de Miraflores y la posterior edición del Boletín del Archivo, fungiendo como redactor de los epígrafes desde su fundación en 1960 hasta 1999. De igual modo es destacable su trabajo junto a Manuel Pérez Vila y Pedro Grasses sobre el Pensamiento Político Venezolano del siglo XIX, editado en 15 volúmenes con motivo del sesquicentenario de la Independencia y bajo el auspicio de Rómulo Betancourt.

Ahora bien, su incansable propósito de rescatar y divulgar la memoria y cuenta de un país a través de lo impreso en papel, le llevó a materializar un proyecto que desde hacía tiempo manejaba. Haciendo honor a su gentilicio y con motivo del cuatricentenario de la ciudad de San Cristóbal, el 31 de marzo de 1961 es fundada la *Biblioteca de Temas y Autores Tachirenses*, biblioteca que hasta hoy cuenta con 178

volúmenes y cuyo fin es dar una idea, incluso fuera del país, de la producción intelectual del Táchira.

Asimismo, logra crear en 1976, la Fundación para el Rescate del Acervo Documental Venezolano (FUNRES), proyecto de una valor histórico incalculable, que a pesar de los muchos esfuerzos para preservar la documentación que enriquece nuestra historia, es clausurada veinte años después pasando todo el material ya recobrado, a los estantes de la Biblioteca Nacional.

Velásquez, hombre de pluma incansable y con una dedicación continua a la investigación histórica, edita, entre sus muchos libros, dos obras que le acreditarían reconocimientos. En 1972 *La caída del liberalismo amarillo: tiempo y drama de Antonio Paredes*, trabajo que le otorga el Premio Municipal de Prosa en 1973; y *Confidencias imaginarias de Juan Vicente Gómez*, reportaje histórico considerado un ejercicio periodístico impecable, que si bien no significó un premio material, ha sido un éxito editorial, pues cuenta ya con 13 ediciones. Ambas publicaciones logran dibujar, a través de un personaje, dos etapas de la historia venezolana de las cuales no se tenía una idea clara y precisa.

De reportero a director

Debatiéndose entre dos aguas que sabía dominar, la política y el periodismo, se encuentra frente una propuesta de gran envergadura. En 1964, Miguel Otero Silva le pide asuma la dirección de *El Nacional*, aceptando la petición y colocándose al frente del diario. Con estas palabras asume oficialmente el cargo “Procuraré, en unión del

equipo de magníficos trabajadores con que cuenta el periódico, el adelantar las iniciativas que buscan mantener el gran crédito del diario y hacerlo, a través de nuevas secciones, el vocero de las mayorías”. (“Ayer se”, 1964).

Su paso por la dirección de *El Nacional* fue de cambios y renovación, pues crea la columna *Memorias de Venezuela*, supervisada por él personalmente, y la página C1, un espacio dedicado a crónicas y caricaturas y por donde pasaron firmas de la talla de Jesús Sanoja Hernández, Aquiles Nazoa, Paco Vera y Pedro León Zapata, por nombrar solo algunos.

Su destacable labor como periodista y director de *El Nacional*, le acredita en 1967 el premio “María Moors Cabot” que otorga la Facultad de Periodismo de la Universidad de Columbia (NY-EE.UU.) en reconocimiento a la distinción alcanzada en el periodismo para fomentar la amistad y la comprensión entre las Américas. Pero un año más tarde renuncia a la dirección del diario, pues le piden que adopte una línea editorial enfrentada a la candidatura de Rafael Caldera. No acepta tal condición, en tanto que atenta contra los valores y principios del quehacer periodístico, significando su salida del periódico.

Rafael Caldera gana las elecciones y al momento de nombrar su primer gabinete ministerial designa a Ramón J. Velásquez como ministro de Comunicaciones, función que ejerce por dos años.

Culminado el período presidencial de Rafael Caldera, e incluso finalizando el de Carlos Andrés Pérez regresa en 1979 a tomar las riendas de *El Nacional*. En esta segunda vuelta, su estadía frente a la dirección del diario llegaría a su fin,

curiosamente, bajo condiciones similares a la anterior renuncia. Se aproximan las elecciones presidenciales y es candidato, nuevamente, Rafael Caldera, quien en esta oportunidad recibe abiertamente el apoyo del periódico. Velásquez fiel a sus ideales y caracterizado siempre por un recto ejercicio de su trabajo, decide una vez más abandonar el barco, en palabras de Manuel Caballero (1996) “En ambos casos, el periodista parece imponerse sobre el hombre político” .

Retoma el pensamiento político

Satisfecho con los 15 volúmenes de la serie *Pensamiento Político del siglo XIX*, decide entregarle a la historia de Venezuela la segunda serie del *Pensamiento Político Venezolano del siglo XX (documentos para su estudio)*, por lo que inicia en 1983 y con motivo Bicentenario del Natalicio del Libertador, el trabajo de recopilación y edición del siglo XX venezolano. Esta ardua tarea ha dado como resultado 130 volúmenes publicados hasta 1992, bajo el sello editorial de José Agustín Catalá.

Esta recopilación de documentos de dos siglos de historia significaron para Velásquez un trabajo necesario, como el mismo diría al momento de tener en sus manos dos sacos llenos de historia pura “Los años de silencio están allí hablando”, sin duda alguna, él ha hecho que todos esos años de historia no cayeran en el olvido, están ahí, en el *Archivo Histórico de Miraflores* y en las dos series del *Pensamiento Político Venezolano*.

Simultáneamente al trabajo de recopilación y edición del *Pensamiento Político Venezolano del siglo XX*, funda la Oficina de Investigaciones de Historia Política del

Congreso de la República y se crea la Cátedra libre Ramón J. Velásquez de la Universidad Simón Bolívar (USB); precedida ésta por la ya fundada cátedra de Historia del Periodismo Venezolano en la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB).

Es innegable su obra documental y lo que esta ha significado para el país y su historia. Al Dr. Velásquez no le han faltado reconocimientos a sus méritos, por mencionar sólo algunos, lleva sobre sus hombros tres Doctorados Honoris Causa, de la Universidad del Táchira, de la Universidad de Carabobo y de la Universidad Santa María, títulos que no pesan, pero que son reflejo de un largo camino de éxitos ya recorrido.

Un cambio para el Estado

Transcurre el año 1984 y Luis Herrera Campins ejerce la primera magistratura. El Estado adolecía de un profundo centralismo y las reformas para profundizar y perfeccionar la democracia en Venezuela se hacían imperiosas. Consciente de esta necesidad, Velásquez decide fundar la Comisión para la Reforma del Estado (COPRE), iniciando así grandes cambios políticos, por la vía legal, capaces de crear un gobierno más eficiente y eficaz.

La elección directa de gobernadores, alcaldes y municipalidades, son producto de la Comisión que presidió Velásquez, dando así el primer paso hacia la descentralización del país. Según Simón Alberto Consalvi (2003), estas reformas le

confieren al país una pluralidad indiscutible, permitiendo así que los partidos políticos tuvieran acceso a determinadas ramas del Estado.

Curiosamente y destacando el valor, si se quiere profético, de los análisis y hechos del Dr. Velásquez, la elección de gobernadores y alcaldes propuestas por la COPRE, significarían años más tarde, un “muro de contención contra los golpes de Estado, como el del 4 de febrero de 1992. La visión del Estado democrático de Ramón J. Velásquez, fue esencial en esas reformas.” (Consalvi, 2003, p. 153)

Pero al tiempo que iniciaba con la COPRE una etapa de intensos cambios en políticas de Estado, paradójicamente las relaciones colombo-venezolanas iban en progresivo deterioro. Dado que a lo largo de toda su carrera política y periodística, Velásquez presentó un profundo interés en los países de América Latina, más aún si se trata del país vecino, en 1989 es elegido para presidir la Comisión Presidencial para Asuntos Fronterizos Colombo-Venezolanos (COPAF).

El trabajo realizado por la Comisión logró restablecer las relaciones bilaterales, Carlos Andrés Pérez y Virgilio Barco, entonces presidentes de Venezuela y Colombia respectivamente, deciden reanimar el Pacto Andino por lo que ambos países vuelven a ser socios comerciales nuevamente. Velásquez está al frente de la COPAF desde sus inicios en 1989 hasta 1993.

El Dr. Velásquez en Miraflores

La madrugada del 4 de febrero de 1992, el país entero se levantó temprano. El detonar de armas de fuego, la imagen en el televisor de una tanqueta entrando a

Miraflores y el “por ahora” que hiciera famoso a un teniente coronel con deseos de poder, desencadenó una furia colectiva en contra del, para entonces, presidente de la República, Carlos Andrés Pérez. Las denuncias de corrupción administrativa y malversación de fondos se hicieron escuchar rápidamente saltando a la palestra pública. El resultado, el primer presidente de la era democrática enjuiciado y destituido en sus funciones.

Octavio Lepaje en calidad de presidente del Congreso Nacional asume la presidencia de la República provisionalmente, pero el país necesitaba un hombre que tomara las riendas del país y llevara a buen término el período de transición. El nombre de Ramón J. Velásquez encabezó la lista, su intachable labor como político e intelectual, los numerosos aportes de diferente naturaleza y su concepción de un régimen democrático, lo colocan como el primer y único candidato capaz de asumir el rol de presidente transitorio.

Inicialmente Velásquez se niega a aceptar, incluso propone algunos nombres, que a su juicio pudieran suplantar a Pérez, pero todo argumento fue inútil. El cinco de junio de 1993, a la 1:10 a.m. fue electo Presidente con 205 votos de un total de 236 en el Congreso Nacional. A la 4:00 p.m. de ese mismo día fue juramentado en el cargo.

Ya sentado en su despacho en Miraflores emprende una ardua tarea. La crisis que atravesaba el país necesitaba acciones concretas e inmediatas, Velásquez lo sabía, pero también estaba consciente de que ese trabajo no era producto de un día ni dos.

En principio dio curso y prioridad al proceso descentralizador, que ya había iniciado durante su presidencia en la COPRE.

El presidente Velásquez estuvo en el cargo hasta el 2 de febrero de 1994, momento en el que traspasa la banda presidencial y juramenta frente al Congreso Nacional, al recién electo presidente de la República, Rafael Caldera. No se trata ahora de hacer un balance minucioso y bien articulado de su gestión gubernamental, lo que en realidad cuenta es que pudo llevar a puerto el barco y en palabras de Manuel Caballero (1996):

Tan sólo queríamos señalar que se busca condenarlo (...) por su verdadera culpa. Una culpa que puede ser la más grave de todas, pero que no negará porque debe ser su mayor orgullo, el mayor orgullo de cualquier hombre en circunstancias parejas a la que le tocó vivir. La culpa de haberse dado cuenta de que no podía hacer milagros, y haberlo dicho; y la culpa de que en sus manos no se perdiera la República.

Actualmente continúa escribiendo para algunos diarios, tal pareciera que no está dispuesto a descansar ni a dejar la pluma en el tintero. Sus acertados análisis políticos aún son escuchados y su obra es referencia obligatoria para todos aquellos que decidan emprender un viaje retrospectivo a la Venezuela de siglos pasados. No cabe duda, que un personaje de la talla de Ramón J. Velásquez, no caerá en las fauces del olvido, su prolífica obra de rescate de la memoria colectiva, al igual que la hemerográfica y bibliográfica, sin dejar de lado su actuación política, claro está, han logrado inmortalizarlo.